

HACIA LA CONSTRUCCIÓN DEL “NOSOTROS FRATERNO” A PARTIR DEL PARADIGMA DEL “CUIDADO” DEL OTRO

Fr. Sergio Carballo ofm

Colocar el “cuidado” como un paradigma desde el cual re-plantear la cuestión humana, significa que esta palabra actúa como crítica a la cultura contemporánea, pero al mismo tiempo actúa como principio inspirador de un nuevo modelo de convivencia humana. La vida de Francisco y su nueva lógica relacional significó para su época un giro y una apertura para repensar todas las instancias de la relación humana: con Dios, con los otros y con la naturaleza. La clave del “cuidado” por el otro, fue punta de lanza en su experiencia espiritual, y marcó una nueva manera de mirar y experimentar al hombre, y al complejo mundo de la vida.

No se trata de pensar o hablar sobre el cuidado, como un objeto independiente a nosotros, sino que se trata de pensar y hablar a partir del cuidado tal como se vive y se estructura en nosotros, es decir, la dimensión ontológica del cuidado, pues constituye esencialmente al hombre. Por lo tanto, sin el cuidado dejamos de ser humanos. De este modo, realidades tan esenciales para el hombre como el querer y el desear, hunden sus raíces en el cuidado esencial. Por su dimensión ontológica, el cuidado está siempre a la base de todo lo que el ser humano emprende, proyecta y hace. De esta forma, el “cuidado” se convierte en el terreno en el que se mueve toda interpretación y comprensión de lo humano¹.

El término cuidado incluye dos significados básicos, estrechamente vinculados el uno con el otro: el primero tiene que ver con la actitud de desvelo, solicitud y de atención hacia el otro; y el segundo, tiene que ver con la actitud de preocupación y responsabilidad por el otro. Conjuntando ambas significaciones, podríamos entonces decir que la persona que tiene “cuidado” se siente vinculada afectivamente y comprometida efectivamente con el otro. Por lo tanto, podemos afirmar que el cuidado es más que un acto individual o virtuoso, es un “*modo-de-ser-y-de-estar-en-el-mundo*”, pues implica una forma de existir y co-existir, de estar presente, de transitar la realidad y gestionar la cotidianidad, de relacionarse con los otros y con las otras cosas del mundo².

De esta forma, la idea de “coexistencia”, incluye que la existencia se desarrolla y se realiza junto con otros en el mundo, y que el sentido mismo de la existencia esta ligada a la llamada de otro que quiere ser alguien delante de mí, o que me invita a ser alguien delante suyo, en el cuidado y en la construcción de un mundo más humano.³ En este juego de relaciones múltiples, donde el cuidado entreteje todos los eslabones de la vida en relación, el ser humano va construyendo su propia subjetividad, su auto-conciencia y su propia identidad.

La lógica del cuidado, como lo habíamos ya expresado, plantea un modo de ser en el mundo, cualificando las relaciones interpersonales, con las cosas y la naturaleza. En esta perspectiva, la relación rompe el binomio sujeto-objeto, para dar lugar al vínculo sujeto-

¹ Cf. Leonardo Boff, *El cuidado esencial. Ética de lo humano compasión por la tierra*, Madrid, Ed. Trotta, 2002, 71-72.

² Cf. Leonardo Boff, *El cuidado esencial...* 74.

³ Cf. Joseph Gevaert, *El problema del hombre. Introducción a la antropología filosófica*, Salamanca, Sígueme, 1984, 32.

sujeto. De esta forma, los seres y todo cuanto existe adquieren el rostro de sujeto, y que simbólicamente remiten a un Origen creador, a un Rostro fontal. Así, la naturaleza no es muda, habla y evoca, emite mensajes de exhuberancia, belleza, fuerza y perplejidad, señales que todo ser humano puede percibir, comprender y entrar en diálogo.⁴

Cuidar de las cosas y de las personas, implica tener intimidad con ellas, sentir las dentro, acogerlas, respetarlas, sintonizarlas, escuchar sus ritmos y entrar en armonía con ellas. Este modo de existir y habitar la historia y la tierra, a partir de la forma del cuidado, invita a percibir la realidad no desde su valor utilitarista, en cuanto a su uso, sino a partir del valor intrínseco y sustantivo de cada ser y de cada elemento que conforma el escenario de la vida.⁵ Es entonces cuando es posible dimensiones como la alteridad, sacralidad, reciprocidad⁶ y complementariedad.

De este modo, la experiencia del encuentro con el rostro del otro, implica el “cara a cara”, que antecede a toda tematización, como experiencia fundante de toda relación. Por lo tanto, el “*manifestarse... implica invocar al interlocutor y exponerse a su respuesta y su pregunta. El ser que se expresa se impone, pero precisamente al llamarme desde su miseria y su desnudez... sin que pueda hacer oído sordo a su llamada... el ser que se impone no limita sino que promueve mi libertad, al suscitar mi bondad...*”⁷. Tomás de Celano, en su primera biografía, nos acerca la experiencia de la novedad vivida por Francisco tras la irrupción del rostro del otro en su vida: “*Después, el santo enamorado de la perfecta humildad se fue a donde los leprosos; vivía con ellos y servía a todos por Dios con extremada delicadeza: lavaba sus cuerpos y curaba sus úlceras...según él mismo lo refiere en el testamento...me parecía muy amargo ver leprosos, pero el Señor me condujo en medio de ellos y practiqué con ellos la misericordia...* (1Cel VII, 17)

El rostro del otro me obliga a tomar partido porque habla, provoca, evoca y convoca, especialmente el rostro de los vulnerados en todas las dimensiones, del pobre, del marginado o del excluido. El rostro tiene una mirada y un brillo, ante el cual nadie puede sustraerse. El rostro y la mirada lanzan siempre una propuesta en busca de una respuesta. Pues el rostro es comunicativo y tiene su propio lenguaje, su expresividad, su vinculación interpersonal. La epifanía del rostro es una manifestación que consiste en derrocar el egoísmo para poder celebrar y compartir.⁸

De este modo, nace la responsabilidad y la obligatoriedad de dar respuestas. Aquí tiene lugar el nacimiento de la ética que reside en toda relación responsable (de cuidado) frente al rostro del otro. En la acogida o en el rechazo, en la amabilidad o en la hostilidad hacia el rostro del otro, se engendran, nacen y crecen las relaciones más primarias del ser humano, y se deciden las tendencias de dominación o de fraternidad. Esta inmediatez del otro (rostro) en cuanto otro, con toda su carga personal, libre e irrepetible, rompe toda

⁴ Cf. Leonardo Boff, *El cuidado esencial...*

⁵ Cf. Leonardo Boff, *El cuidado esencial...*

⁶ En la reciprocidad de las personas hay un dinamismo del amor, una voluntad de mutua promoción y benevolencia, la cual está apelando a una actitud activa, efusiva por ambas partes...y esto es la sana y viva dialéctica del eros y del agape...Maurice Nédoncelle, *Verso una filosofía dell'amore e della persona*, Roma, 1959, 25.

⁷ Emanuel Levinas, *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, Salamanca, Sígueme, 1987, 213-214.

⁸ Cf. Jesús Sanz Montes, *La simbología sponsal como clave hermenéutica del carisma de Santa Clara de Asís*, Roma, Pontificium Athenaeum Antonianum, 2000, 60.

pretensión de querer reducirlo a cualquier forma de posesión, reducción, dominio o manipulación.⁹

La categoría del cuidado, como cuestión profundamente humana, descansa en el carácter comunal de todo ser humano, en su vocación hondísima a vivir con otros (con-vivir), y en su destino común de convivialidad; destino que reside en una cuestión antropológica: solo se es con los demás y para los demás, y si se pretendiese un encerramiento autocéntrico, o una extrema autonomía egoísta, solo se tendría a una persona incompleta y fragmentada.¹⁰

A modo de conclusión, podríamos decir que en Francisco la cuestión del “cuidado” se expresa en la categoría del *hermano guardián*, como el que custodia y sirve a los hermanos, el que se desvela desinteresadamente, que se hace menor y disponible, y al mismo tiempo designa una actitud fundamental o modo de ser, que posibilita una existencia nueva. “*Y recuerden los ministros y siervos que dice el Señor: No vine a ser servido sino a servir, y que, al haberles sido confiados el cuidado de las almas de los hermanos, tendrán que dar cuenta de ellas... (Rnb IV, 6). Y manifieste confiadamente el uno al otro su propia necesidad, para que éste le encuentre lo necesario se lo proporcione. Y cada uno ame y nutra a su hermano, como la madre ama y nutre a su hijo...*” (Rnb.IX, 10-11). Este cuidado en todo lo que se hace y se proyecta, en lo que se siente y toca, es una característica fundamental de la espiritualidad franciscana.

⁹ Cf. Emanuel Levinas, *Totalidad e infinito...*99.

¹⁰ Cf. P. Laín Entralgo, *Teoría y realidad del otro*, Madrid, 1983, 21.